

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

### *El geógrafo Manuel de Terán\**

La Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, del Ministerio de Cultura, y la Residencia de Estudiantes han patrocinado un proyecto dedicado al «Centenario Manuel de Terán (1904-1984)», cuyo comité científico lo han constituido Josefina Gómez Mendoza, Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, catedráticos de la Universidad Autónoma de Madrid. Los primeros resultados del proyecto fueron las cuatro mesas redondas que, con el título general de «Manuel de Terán: maestro de geógrafos», se desarrollaron en 2004, en el centenario de su nacimiento, en la Real Academia de la Historia, en la Residencia de Estudiantes y en las Universidades Autónoma y Complutense de Madrid. En ellas participaron autoridades representativas de las instituciones correspondientes, profesores de diversas universidades españolas que fueron alumnos y discípulos de Manuel de Terán, familiares y estudiosos de su obra<sup>1</sup>. Ese proyecto conmemora-

tivo ha culminado en 2007 con la organización de una exposición sobre Manuel de Terán y la edición del correspondiente catálogo, a lo que se añadieron la celebración de dos mesas redondas directamente relacionadas con la muestra, y la presentación de una página web a él dedicada.

La exposición, titulada «Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)», se inauguró, en la Residencia de Estudiantes, el 29 de marzo de 2007, y allí se mantuvo abierta al público hasta el 3 de junio. Sus comisarios, Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, ofrecieron en ella una muestra antológica de la vida y obra de Manuel de Terán y del entorno en el que desarrolló su actividad docente, académica e investigadora. Comprendió tres salas, con materiales, imágenes y textos alusivos al mundo intelectual y geográfico de su época, así como a su entorno personal, e incluyó además la proyección de un completo documental sobre su figura y su obra. Un folleto ilustrado apoyaba la visita, informando de manera sucinta y precisa acerca de la cronología de su trayectoria vital y profesional, de su importancia en la cultura y en la geografía españolas y del significado de los materiales expuestos.

En el catálogo de la exposición, cuya edición ha estado a cargo también de Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, y en el que Daniel Marías Martínez ha coordinado el material gráfico, se recogen, adecuadamente distribuidos a lo largo de más de 400 páginas, una serie de ensayos sobre la persona y la obra de Terán y una selección de semblanzas escritas por personas que tuvieron una vinculación significativa con él. Además de reproducir la obra gráfica y presentar la ficha de todos los materiales expuestos (16 obras plásticas, 12 mapas y planos, 39 fotografías personales, 19 documentos, 65 libros, 30 revistas y folletos y 22 obje-

---

\* MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo y ORTEGA CANTERO, Nicolás (eds.): *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes, 2007, 437 págs.

<sup>1</sup> La relación de personas que participaron en las cuatro mesas redondas y un resumen de las intervenciones pueden verse en MARIÁS MARTÍNEZ, Daniel: «Manuel de Terán, maestro de geógrafos. Crónica de los actos de homenaje realizados con motivo del centenario de su nacimiento», *Ería*, nº 66, 2005, págs. 112-120. De igual forma, el número 25 (2005) de la revista *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, en su apartado titulado «Homenaje a D. Manuel de Terán (1904-2004)», recoge ampliadas las aportaciones de Miguel Ángel Troitiño Vinuesa, Julio Muñoz Jiménez y Mercedes Molina Ibáñez en la sesión conmemorativa celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, cuyos títulos respectivos son: «Manuel de Terán: una visión dinámica y comprometida de la ciudad y el territorio», «La perspectiva naturalista en el magisterio y en la obra geográfica de Manuel de Terán» y «El profesor Manuel de Terán».

tos diversos), recoge, junto a la presentación y la cronología de Manuel de Terán, 12 trabajos originales, la mayoría firmados por sus discípulos, que desarrollan aspectos relacionados con los hechos fundamentales que definen su trayectoria vital, el marco intelectual en el que desarrolló su trabajo profesional, sus temas de preocupación y estudio, su actividad como profesor en el instituto y en la universidad, su papel como director de investigaciones y su labor en el Instituto Juan Sebastián Elcano. El catálogo incluye a su vez un conjunto de breves bosquejos biográficos o semblanzas teñidas de afecto, admiración y respeto, que dan a conocer facetas humanas e intelectuales desde un punto de vista más íntimo y personal, y termina con la relación de las publicaciones de Terán y la reproducción de su artículo titulado «Una ética de conservación y protección de la naturaleza».

El primer trabajo, «Biografía de Manuel de Terán», lo realizan Josefina Gómez Mendoza y Daniel Marías Martínez. El texto, que es resultado a la vez de la recopilación de los muchos trabajos que sobre Manuel de Terán se han escrito y de nuevas investigaciones para esta ocasión, presenta en un discurso rico en referencias y relaciones la cronología de Terán. Como estudio de presentación del personaje, merece la pena resumir el contenido. Nace Manuel de Terán en Madrid el 28 de octubre de 1904 y la etapa de formación la desarrolla, de 1914 a 1920, en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid y de 1920 a 1927, año en el que se doctora con una tesis de historia del arte dirigida por Manuel Gómez-Moreno, en la Universidad de Madrid, donde cursa la carrera de Filosofía y Letras en su Sección de Historia. La etapa profesional la inicia Terán pronto, antes de terminar los estudios universitarios, al incorporarse en 1923 como profesor ayudante al Instituto-Escuela de Madrid: en él permanecerá hasta 1930 al marchar a Calatayud para ocupar una plaza de catedrático de Geografía e Historia en el instituto local. Regresa al año siguiente como catedrático al Instituto-Escuela y permanece en él hasta junio de 1936. De estos años destacan tres circunstancias de gran calado para su futuro: el descubrimiento de la geografía, las relaciones personales y culturales con figuras sobresalientes y el contacto con la escuela francesa de geografía becado por la Junta para la Ampliación de Estudios.

En 1939 se inicia el segundo y difícil período profesional de Terán que durará hasta 1951 cuando ocupa por oposición la primera cátedra de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En estos 12 años compagina la cátedra de los insti-

tutos Isabel la Católica, primero, y Beatriz Galindo, después, con la plaza de profesor ayudante de clases prácticas en la Universidad y de colaborador y después secretario del Instituto Juan Sebastián Elcano y de la revista *Estudios Geográficos*. Serán el Instituto Elcano y su revista en estos años el «refugio» intelectual y operativo que le permite desarrollar la geografía moderna a la que aspira. La tercera etapa profesional, de 1951 a 1974, coincide con el desempeño de la cátedra de Universidad. «Son los años de mayor actividad y repercusión internacionales de Terán», dicen los autores. Viaja a la isla de Fernando Poo, a Estados Unidos como profesor visitante del Middlebury, a los países nórdicos europeos asistiendo al XIX Congreso de la Unión Geográfica Internacional y participa en las reuniones internacionales del Consejo Europeo para la revisión de los manuales escolares de geografía. Los últimos diez años de su vida son el corolario de la biografía de Manuel de Terán y el reconocimiento de sus méritos se refrenda con el ingreso en la Real Academia Española, en 1977, y en la Real Academia de la Historia, en 1980. En la biografía de Terán hay otros valores intangibles que Gómez Mendoza y Marías recuerdan; son difíciles de definir, pero pueden concretarse en dos cualidades: la de ser un maestro excepcional y la de tener un estilo literario que le vincula con la generación del 27.

Los dos siguientes ensayos de los que son autores los propios comisarios de la exposición, plantean las claves de su obra y su vinculación con el Instituto-Escuela. Nicolás Ortega Cantero analiza la influencia que el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos y el ideario de la Institución Libre de Enseñanza ejercieron sobre Terán en los años de vinculación al Instituto-Escuela, vinculación que, según Ortega,

«puso a Terán en contacto con el legado de Giner y de la Institución, un legado que hizo suyo y que prolongó en su quehacer educativo e intelectual, al tiempo que lo proyectaba en muchos de sus discípulos».

En el repaso que hace de lo que significó para la enseñanza secundaria en España la creación del Instituto-Escuela en las primeras décadas del siglo XX, destaca la puesta en práctica de los nuevos criterios educativos, intelectuales y reformistas para la enseñanza pública, promovidos desde décadas anteriores por Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, y la preocupación por la preparación y formación de los profesores, que se desarrolla tanto en el propio Instituto mediante la incorporación de «aspirantes al Magisterio secundario» como en otros círculos intelectuales, también extranjeros, a través de la concesión de pensiones o becas por la

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Terán disfrutó de las dos posibilidades y los más de diez años de su estancia en el Instituto-Escuela contribuyeron «decisivamente a conformar las claves de su horizonte educativo, intelectual y aun moral». El educativo descansa en la aplicación de un método integrador, basado en el conocimiento directo de las cosas y en el diálogo continuo entre el profesor y el alumno. Las claves de sus horizontes intelectual y moral se sitúan en el grupo de profesores y compañeros (Francisco Barnés, Martín Navarro, Samuel Gili Gaya, Antonio Marín o Luis Crespí), que buscaban la calidad intelectual, ética y estética de la enseñanza, y en la forma de relacionarse. Nicolás Ortega termina su aportación con unas reflexiones personales sobre lo que ha significado para él (y por extensión para muchos de sus alumnos y discípulos) el tener a Terán como profesor y maestro.

Eduardo Martínez de Pisón escribe sobre las «Claves en la obra de Terán», para lo que se basa en el análisis de sus aportaciones geográficas escritas, no sin antes hacer una breve referencia a la dimensión de Terán como maestro, así como a la comunicación personal con él que permitía apreciar

«su figura intelectual y humana, de la que irradiaba, en temple, en actitudes, en bondad inteligente, en modo de relación, una mas completa manera de entrega de calidad».

Para Martínez de Pisón, Terán fue «un aumento de haber», pues fue un conocedor del mundo, un geógrafo, un maestro, un investigador e innovador y un comunicador excepcional. Las claves en la obra de Terán las encuentra el autor en seis temas o argumentos de trabajos «teranianos» que considera como sus «momentos estelares». Estos seis temas son: la causalidad en geografía, el nuevo entendimiento de la naturaleza, el paisaje, la montaña, la conexión entre geografía y sociedad y la visión de lo real. En los seis, Martínez de Pisón destaca la oportunidad de su tratamiento, la sabiduría para entender cada nuevo reto de la ciencia geográfica y la habilidad para tratarlo y darlo a conocer en el panorama de la ciencia española del momento, colocando la geografía «en el peldaño que le correspondía». Lo hizo en 1957 al situar en la interpretación geográfica la justa determinación del medio, al incorporar en 1970 las ideas innovadoras sobre el dinamismo terrestre y al establecer en 1966 los principios para una conducta ética y de protección de la naturaleza, al expresar en 1960 la asociación de la geografía al estudio del paisaje, al realizar un acercamiento cultural a la montaña en sus discursos de entrada a las academias Española y de la Historia, al vincular en 1964 hombre y paisaje en la búsqueda de las

relaciones entre geografía y sociología y, finalmente, al diseñar un método geográfico que cultivó y transmitió a sus discípulos centrado en una forma propia de mirar los paisajes concretos, ya sean naturales, rurales o urbanos. Este último aspecto lo vincula Martínez de Pisón con el papel de Terán como maestro creador de escuela y director de investigaciones y trabajos de sus discípulos, a los que, a pesar de la diversidad de temas y enfoques, se les reconoce un cierto estilo «teraniano».

Cuatro trabajos disertan a continuación sobre las áreas temáticas cultivadas por Manuel de Terán: la naturaleza, el paisaje rural, el paisaje urbano y la geografía general y descriptiva. Eduardo Martínez de Pisón se encarga de «La perspectiva naturalista», Ángel Cabo Alonso de «El campo español en los escritos del profesor Terán», Francisco Quirós Linares de «El paisaje urbano en la geografía española moderna. La aportación de Manuel de Terán», y Daniel María Martínez de «La contribución de Manuel de Terán a los estudios geográficos de España y sus regiones».

En su erudito ensayo, Martínez de Pisón no duda en introducir a Manuel de Terán en una lista donde estuvieran Ortega y Gasset, Humboldt, Rousseau, Goethe, De Haller, o Ramond, entusiastas y amantes todos de la naturaleza. Según él, el interés de Terán por el mundo natural lo mostró y desarrolló en tres campos: en su propia inclinación intelectual, manifiesta en la predilección por algunos temas, en su deber con la enseñanza, ya que al entender la enseñanza de la geografía como un asunto global alcanzó y demostró su preparación y capacidad en geografía física, y en sus líneas de investigación, que dieron lugar a publicaciones como *La epopeya polar* en 1943, *Hojas de herbario* en 1984 y «Una ética de conservación y protección de la naturaleza» en 1966. En estas obras se apoya Martínez de Pisón para disertar ampliamente sobre la cultura de la exploración, sobre la sensibilidad poética y la capacidad literaria de Terán y sobre su entendimiento de las relaciones entre el hombre y la naturaleza.

Ángel Cabo Alonso, tras señalar que el número de los trabajos de Terán orientados a los aspectos agrarios o rurales superan a los de cualquier otra temática, plantea seis aspectos que revalidan la aportación de Terán en este tema. Se refiere en primer lugar a «el programa para el estudio del hábitat rural» de 1947, propuesta metodológica válida, dice Cabo, para el estudio de realidades campesinas en la España del momento; pasa revista comentada a continuación a «los escritos relacionados con el campo», que conforman una veintena larga entre artículos y notas aparecidos entre 1947 y 1966; en

el tercer aspecto, «ambientes y mentores», Cabo señala cómo la formación mixta de Terán, en el naturalismo y en el humanismo, se plasma sabiamente en los escritos específicamente rurales. Finalmente, los títulos de los tres últimos apartados «la intervención humana», «historia y etnografía» y «las cosas, el símil y la metáfora», le sirven de marco para plantear de manera secuencial cómo Terán considera al hombre hacedor de paisajes, entre ellos los rurales, la preocupación por precisar las causas de su dinamismo y resaltar «las características de la obra escrita del profesor Terán y de su personalidad, profundamente científica y a la vez dotada de una exquisita sensibilidad artística».

El estudio de Francisco Quirós Linares sitúa la geografía urbana de Manuel de Terán no muy lejana en el tiempo a la que aparece en Europa occidental en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado, cuando surge un nuevo interés por los hechos sociales y su interpretación a través del análisis de los procesos. Tres aspectos destaca en Terán como estudioso de la ciudad: el interés constante por el hecho urbano a lo largo de su vida, la progresiva elaboración de su pensamiento al respecto y la escuela de geógrafos urbanos que creó. Se detiene Quirós sobre todo en el segundo aspecto y para ello se apoya en el análisis comparado de los primeros trabajos urbanos de Terán, «Calatayud, Daroca y Albaracín. Notas de Geografía Urbana» de 1942 y «Sigüenza. Estudio de Geografía urbana» de 1946, con «Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo», escrito en 1961, para mostrar los avances metodológicos en el análisis de procesos, la utilización de fuentes originales y las nuevas expresiones cartográficas, que servirían de guía para trabajos posteriores desarrollados por sus discípulos bajo su dirección.

Por último, Daniel Marías analiza la decisiva contribución de Terán a la elaboración y difusión de la geografía general y regional de España, en su doble condición de director y de autor, resaltando que, «pese a que ha merecido una menor consideración por parte de los estudiosos, constituye una parte fundamental en la vasta y variada obra de Manuel de Terán». Esta extensa obra (suma más de 700 páginas, distribuida sobre todo en manuales, pero también en libros y obras de consulta) «ha gozado y goza de una gran difusión y de un notable prestigio»; no en vano, aparte de la relevancia del contenido, fue publicada por algunas de las editoriales más renombradas del momento. El trabajo de Marías se centra en esta ocasión en las tres obras de Terán sobre España, «Castilla la Nueva», en la *Geografía Universal* de la editorial Gallach (1928-31), *Geografía de España* y

*Portugal*, publicada por Montaner y Simón (1952-1967), y *Geografía Regional de España*, editada por Ariel (1968-78). Los tiempos y proyectos vinculados a cada editorial le sirven de título y guía en los tres apartados del trabajo que desarrolla con una estructura semejante: antecedentes y marco científico, circunstancias técnicas, desarrollo y contenido general de cada obra, descripción minuciosa de la aportación de Terán y valores y significado de su aportación, no siendo la menor el «arte de la descripción explicativa de determinadas regiones, abogando por integrar, como aspiraba Humboldt, la ciencia y la poesía».

Avanzada ya la mitad de catálogo, se abordan otros cuatro aspectos de la vida profesional de Manuel de Terán: los relacionados con la dirección de trabajos de investigación, con la docencia en el instituto y en la universidad y con su actividad en el Instituto Elcano. Julio Muñoz Jiménez escribe sobre «La labor de Manuel de Terán en la promoción de la investigación geográfica universitaria», que fue extensa (dirigió 31 tesis doctorales y 157 memorias de licenciatura) durante los 25 años que ejerció como catedrático de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid. Sobre el inventario total de trabajos de investigación dirigidos (tesis doctorales y tesinas con su título, autoría y temática), el autor realiza un análisis completo y relacionado por temas, tiempos y espacios, que muestra en cuadros estadísticos y en expresivos y originales mapas nacionales por provincias y planos de la ciudad de Madrid con sus distritos y barrios. Sintetizamos aquí sin poder incorporar sus matices sus principales resultados: el 56% de los trabajos se refieren a Madrid y su provincia y a las regiones limítrofes de Castilla y León y Castilla-La Mancha, en el 44% restante están representadas todas las comunidades autónomas actuales salvo La Rioja y Cataluña; el 80% de los estudios se inscriben en las temáticas «geografía urbana de Madrid», «ciudades medias del interior de España» y «ámbitos locales» del interior peninsular; el 20% restante corresponde a lo que el autor considera «otras vías de investigación», dentro de las que se incluyen los estudios de población de ámbito provincial, los que tratan de la actividad económica y los pertenecientes a la geografía histórica y en menor medida a la geografía física. Ello «no puede interpretarse», dice Julio Muñoz,

«como un abandono (por parte de Terán) de la dimensión naturalista de nuestra disciplina, la cual se manifiesta en la presencia sistemática y obligada de capítulos dedicados al medio físico en decenas de monografías comarcales o locales referentes a espacios rurales».

María Isabel de Miguel Castaño, profesora de Geografía e Historia en el Instituto Beatriz Galindo de Madrid y alumna de Terán tanto en secundaria como en universidad, escribe a continuación sobre «Manuel de Terán. Profesor de Instituto». Resalta una de sus facetas menos conocidas, la de «educador de niños y adolescentes», a la que dedicó esfuerzos y entusiasmos durante 42 años de su vida profesional, desde su ingreso en 1923 en el Instituto-Escuela hasta la excedencia voluntaria en 1968 en el instituto Beatriz Galindo, al que había llegado en 1943. En su trabajo, María Isabel de Miguel relaciona la actividad de Terán como profesor de instituto con la trayectoria administrativa de las Enseñanzas Medias en España y expone sus recuerdos e impresiones en torno a la figura de su profesor y al ambiente español en el que desarrolló su docencia.

El ensayo de Miguel Ángel Troitiño Vinuesa versa, por su parte, sobre «Manuel de Terán en la Universidad» y también, como se ha señalado en otros autores, mezcla el estudio analítico y objetivo de los hechos con el recuerdo de la experiencia personal. Así, va narrando la vinculación de Terán con la enseñanza de la geografía en la Universidad: la «esporádica vinculación administrativa» en los años de la preguerra, pasando por la «progresiva y estable vinculación con la Universidad de Madrid en los años de la posguerra», «el acceso a la primera Cátedra de Geografía de la Universidad de Madrid y la creación de una escuela de geógrafos», «un amplio recorrido docente y un papel decisivo en la modernización de la Geografía en la universidad». En todos estos apartados fija fechas, ordenamientos universitarios y planes de estudios, cargos administrativos y asignaturas de Geografía impartidas por Terán, compañeros de los distintos centros en los que enseñó, las cesiones docentes a sus primeros alumnos y hasta las dificultades políticas del momento. La evocación personal la hace patente en las últimas páginas de su trabajo, en las que habla de Terán como «un profesor brillante y un referente ético», «un docente vocacional» y un «maestro y creador de una escuela de geógrafos».

El cuarto ensayo de este apartado se refiere a «Manuel de Terán y el Instituto Juan Sebastián Elcano» y está escrito por José Antonio de Zulueta Artaloytia, vinculado al mismo a mediados de los años sesenta y colaborador muy activo en la edición de la revista *Estudios Geográficos*. Su texto es un testimonio cercano y preciso de lo que significó esta institución en la modernización de la geografía española y el papel que en ella tuvo Manuel de Terán. Zulueta alude a la fecha, localización, estructura y contenidos (despachos, biblioteca, fondos

bibliográficos y cartográficos, e, incluso, mobiliario) del Instituto. Se refiere también a su cometido: investigación geográfica, formación de profesores universitarios, edición de la revista, publicación de libros, organización de congresos de geografía, apoyo a profesores extranjeros invitados y centro de reuniones, charlas y conferencias sobre temas de vanguardia. En el centro de toda esta actividad estaba Terán, del que dice fue «uno de los últimos humanistas».

En la última parte del Catálogo se recogen textos varios, el primero de los cuales tiene por autor a Heliodoro Carpintero, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, que escribe sobre «Manuel de Terán y la salvación de la circunstancia». En él, tras considerarlo «una figura singular de nuestro mundo intelectual que ha sido capaz de promover el progreso científico en el ámbito geográfico», lo encuadra dentro de la generación de 1901, aquella que «asumió la tarea de continuar la modernización del país emprendida por las generaciones anteriores»; es en la búsqueda de esta modernización a través de la especialización científica donde plantea el significado de Terán y su obra, unidos uno y otra a «una fina retícula de conexiones». Dos hilos de esta retícula son los fundamentales para Carpintero: el de la Institución Libre de Enseñanza y el de la concepción humanística de la geografía, inscrita en la filosofía de Ortega y Gasset. Aunque no fue discípulo suyo, lo conoció bien y deja para el final de su escrito la evocación de «dos recuerdos»: uno en Soria, con motivo de los cursos de Estudios Hispánicos, cuando en una excursión a Berlanga de Duero pudo observar al geógrafo en acción con mapa, brújula y su especial forma de mirar el paisaje; el otro, en la Facultad de Ciencias Políticas, interesándose (ningún asunto relevante le dejaría indiferente) por la teología iberoamericana de la liberación.

El apartado de «Semblanzas» recoge un conjunto de seis textos cortos, que son verdaderos retratos escritos por personas muy cercanas a Manuel de Terán. El primero, obra de su amigo el filósofo y académico Julián Marías, es la contestación a su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1977. Eduardo Martínez de Pisón, del que Miguel Ángel Troitiño dice en esta misma obra (pág. 260) que «es uno de sus discípulos más brillantes y con una personalidad de marcados rasgos teranianos», escribe sobre «El magisterio de Terán». Ana Olivera Poll, alumna y discípula en el Instituto y en la Universidad, titula su semblanza «Don Manuel de Terán como profesor y supervisor de tesis». De Soledad García Vázquez, alumna en el Instituto-Escuela, se incluyen las páginas que escribió en 1984 en «Recuerdo

del Señor Terán». El entorno familiar es evocado en el escrito de Rocío y María del Mar Terán Troyano (titulado «Madre») y lo mismo hace Mar Toharía Terán en su semblanza «Manuel de Terán, mi abuelo».

Como colofón al catálogo, los editores han elegido para su reproducción, entre los trabajos de Terán, uno de 1966: el dedicado a la conservación y protección de la naturaleza, con deseo de dar a conocer una reflexión ética, temprana y bien elaborada sobre uno de los problemas con más repercusión social en la actualidad.

Con la publicación del catálogo comentado (y con la exposición a la que se refiere) se concluye y culmina el conjunto de actividades inscritas en el proyecto conmemorativo dedicado al geógrafo Manuel de Terán. Las instituciones que los han promovido, los comisarios y editores y los colaboradores han realizado un gran esfuerzo de recogida y sistematización de la documentación y han llevado a cabo un análisis de la vida y la obra de Terán, despejando aspectos poco o nada conocidos y otros insuficientemente resaltados del significado de su aportación geográfica a la ciencia y a la cultura española. Al igual que sucedió con la visita a la exposición, la lectura del catálogo corrobora la idea de Kafka, cuando al referirse a un personaje valioso afirma que «cuanto más sabes de su vida, más interesante resulta su obra».— ISABEL DEL RÍO LAFUENTE

### *Paisaje, historia y nación\**

Las sociedades humanas transforman a lo largo de la historia los originales paisajes naturales en paisajes culturales, caracterizados no sólo por unas determinadas formas materiales, sino también por la traslación al propio paisaje de sus valores y de sus sentimientos, convirtiéndolos en centros de significados, símbolos, ideas y emociones varias. Por ello, si los paisajes representan la proyección cultural de una sociedad en un espacio que tiene una dimensión material, pero también espiritual, ideológica y simbólica, el paisaje será uno de los elementos identitarios más excepcionales, pues evoca un marcado sentido de pertenencia a un espacio cultural determinado. Y los significados que se han atribuido al paisaje a la hora de conformar la me-

moria histórica y de identificar las claves de la comunidad nacional se abordan en este libro.

El libro es producto del Seminario dirigido por Nicolás Ortega y organizado por el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria, que se desarrolló en Soria en julio de 2004. La orientación del encuentro ha seguido el camino trazado por los anteriores, que se remontan a 1996, y cuyo nexos común es el tema del paisaje. Los resultados de los sucesivos Seminarios han dado luz a varios libros en los que se abordan las conexiones existentes entre el paisaje y otras realidades de reciente interés, como la que ahora se plantea, la memoria histórica y la identidad nacional.

A las cinco ponencias aquí recogidas, que ofrecen reflexiones de carácter general sobre el tema y consideraciones territorialmente más concretas, se le suman cuatro trabajos de profesores participantes en el mismo que, aun presentando contenidos y puntos de vista variados, giran igualmente en torno a los valores históricos e identitarios del paisaje.

Para ver cómo se ha planteado y resuelto dentro de la geografía moderna las relaciones y correspondencias entre el paisaje, la memoria histórica y el carácter de la nación, Nicolás Ortega analiza el *Tableau de la géographie de la France* de Paul Vidal de la Blache. La obra es de una gran actualidad por las grandes cuestiones que suscita, entre las que se encuentran la relación pueblo/territorio, la interacción local/nacional y la identidad nacional, de ahí que sea objeto de interés por historiadores, politólogos y geógrafos. Ortega desvela el interés de Vidal de la Blache en señalar las claves naturales y geográficas de la historia de Francia y de su conformación nacional, y constata la importancia que en el empeño dio al contacto directo con el terreno. De ello resulta un razonamiento geográfico que desemboca finalmente en el paisaje, y es en el paisaje donde se inscriben el conjunto de relaciones y de hechos que han formado, a lo largo del tiempo, la identidad nacional de Francia.

Las imágenes del paisaje forman parte de la civilización y se integran en la constitución misma de las personas y de las sociedades, por lo que en ellas también se funda la identidad de los lugares. En base a esto, Eduardo Martínez de Pisón, en su ponencia sobre «El paisaje como encuentro y expresión de identidad» indaga en las representaciones del paisaje que se reconocen en las obras de autores con puntos de vista variados y que nos acercan a esos sentidos de identidad. Los nexos existentes entre las imágenes del paisaje y las ca-

\* ORTEGA CANTERO, Nicolás (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, Madrid, 2005, 294 págs.

racterizaciones históricas y nacionales se realiza a través del rastreo entre un cúmulo de autores que permiten organizar el desarrollo de la ponencia en tres apartados: la literatura, el excursionismo y la protección. La revisión del significado que encierran las imágenes y representaciones que hacen los distintos autores permite reconocer sus vinculaciones con la identificación historicista, el sentimiento benefactor de la vuelta a la naturaleza, el sentido de preservación o la pérdida de identidad, por poner algunos ejemplos.

La tercera ponencia, «Los historiadores y la construcción de la identidad nacional española: el papel de Castilla», elaborada por Mariano Esteban de Vega, ofrece una interpretación del proceso de conformación de la identidad nacional española y de su dimensión castellanista. La revisión de las obras más importantes de la historia nacional española entre 1833 y 1936 permiten poner en entredicho la extendida convicción según la cual el nacionalismo español introdujo, prácticamente desde sus orígenes, una estrecha identificación entre las ideas de Castilla y España. El autor añade que aunque el castellanismo historiográfico presenta hondas raíces y una larga trayectoria dentro del nacionalismo español, no constituye un elemento consustancial a la propia idea de España.

Al ser uno de los rasgos de la ideología y de los movimientos nacionalistas su habilidad para redefinir el espacio, politizándolo y tratándolo como un territorio histórico y distintivo, los movimientos nacionalistas han expresado a lo largo de la historia sus reivindicaciones en términos territoriales. La ponencia de Jean Nogué, «Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña», trata el papel del paisaje en el proceso de creación de la identidad nacional catalana. A la hora de tratar los orígenes del paisaje y la identidad nacional en Cataluña se constata que los dos arquetipos paisajísticos con los que el nacionalismo catalán ha convivido a lo largo del último siglo han sido, por un lado, el de la Cataluña verde, húmeda, pirenaica, de montaña, impulsado por la *Renaixença* y recogido en buena parte por el modernismo, y por otro, el de la Cataluña mediterránea, marítima, soleada e intensamente humanizada, generado por el *noucentisme*. Actualmente coexisten en Cataluña dos discursos vinculados al territorio y al paisaje, el del nacionalismo conservador que se sirve de los mitos paisajísticos del pasado, y en concreto, del legado de la *Renaixença*, pero que en la práctica los olvida, y el procedente de una sociedad civil muy amplia y diversa, que tiene en común la encarnizada defensa de su territorio y de su idiosincrasia paisajística.

En la línea de mostrar que el territorio constituye un factor clave en la articulación de las identidades nacionales y regionales, Jacobo García Álvarez indaga en los argumentos geográficos y territoriales del galleguismo anterior a la Guerra Civil a través de la obra de sus figuras clave, como fueron Alfredo Brañas, Ramón Otero Pedrayo y Vicente Risco, en la ponencia «Territorio, paisaje y nacionalismo: la construcción geográfica de la identidad gallega». De esta forma trata de contribuir a llenar uno de los escasos vacíos que restan en la notable y abundante historiografía reciente sobre el movimiento galleguista en las etapas previas al franquismo. A partir del período 1920-1936 es cuando el galleguismo adopta por primera vez una formulación abiertamente nacionalista, coincidiendo con la incorporación al discurso de los elementos que proceden directamente de la llamada tradición geográfica moderna. Y esto se explica, en buena parte, por el protagonismo político, ideológico y cultural de Risco y Otero Pedrayo, que introdujeron los argumentos y cuestiones territoriales en el eje de su interpretación de la idea gallega.

Los cuatro trabajos que siguen se acercan igualmente a los valores históricos e identitarios del paisaje. Francisco Alonso Otero analiza «Las vías pecuarias y su inserción en los paisajes tradicionales sorianos» como un hecho inscrito en el paisaje hasta bien entrado el siglo XX y que hoy se reconoce como un importante legado patrimonial constituido, no sólo por las vías pecuarias propiamente dichas (cañadas reales, cordeles, veredas y coladas), sino también por los espacios públicos a ellas asociadas (descansaderos, abrevaderos y vados fluviales), sobre el que hay que tomar una serie de medidas conservacionistas para evitar su desaparición. Los autores del trabajo «El archivo de paisaje de Andalucía», José Naranjo y Luisa Ramírez, utilizan la imagen del paisaje como expresión visible de la relación histórica de la sociedad con la naturaleza y la calidad ambiental de cada lugar, y como instrumento indispensable hoy día para una adecuada planificación y gestión de los recursos. Presentan lo oportuno de construir una base de datos con imágenes representativas de los distintos paisajes andaluces que después serán sometidas a las fases de identificación, caracterización, cartografía y catalogación de unidades o elementos de paisaje, y todo a diferentes niveles como son el local, el comarcal, el provincial y el territorio andaluz.

El estudio de Valerià Paül y Joan Tort titulado «Las escalas del paisaje en Joseph Pla. Una lectura en clave de identidad y memoria histórica» es un ejercicio de interpretación de los paisajes a distintas escalas a la luz

de la lectura de la obra de Pla desde una perspectiva geográfica. Se demuestra que el paisaje del literato, lejos de ser neutro, es intencionado, pues es un paisaje ampliamente connotado, con múltiples referencias a la identificación colectiva. En las escalas más próximas, Pla incorpora al paisaje un gran número de atributos de identidad y de proyección común, mientras que en los territorios de habla catalana las referencias a lo identitario y a la colectividad son menores. Pese a todo, en la obra se reconocen una multiplicidad de vínculos entre unas escalas y otras, al complementarse e implicarse recíprocamente. El trabajo de Francisco Ojeda sobre «Los paisajes totalizadores históricos. Paisajes paralelos en Doñana y Sierra Morena» pone en evidencia que los paisajes son ejemplares muestras de complejidad cultural, al ser acumuladores históricos de lentos procesos evolutivos, y cómo no sólo se erigen en las expresiones más duraderas de las inteligencias sociales compartidas de sus comunidades humanas, sino también en objetos de percepciones identitarias comunes, cultas y creativas. Señala el autor que en los espacios ordenados por comunidades humanas se observan similitudes y paralelismos en sus respectivos órdenes territoriales y en sus consecuentes paisajes, y lo pone en evidencia tras las aproximaciones analíticas y tipológicas realizadas en Doñana y Sierra Morena.

En suma, el libro ofrece un panorama amplio y variado sobre las estrechas conexiones entre paisaje, memoria histórica e identidad nacional. Además, a través de los textos aquí incluidos, que tratan aspectos distintos pero a menudo conectados entre sí, se consigue entender mejor la rica identidad del paisajismo geográfico moderno.— DOLORES BRANDIS

*De artistas-geógrafos y geógrafos-artistas:  
seis estudios sobre la iconografía moderna del  
paisaje\**

El libro *Imágenes del paisaje* recoge, principalmente, las seis ponencias presentadas al Seminario que con el mismo título se celebró en Soria, en julio de 2005, bajo la dirección de Nicolás Ortega Cantero. Constituye, por el momento, la última de las publicaciones derivadas de los Seminarios del Instituto del Paisaje de la

Fundación Duques de Soria, que desde 1999 (año de su fundación) dirige Eduardo Martínez de Pisón, y el cierre de la trilogía formada, además de por esta obra, por los resultados de los dos seminarios anteriores, celebrados, respectivamente, en 2003 y 2004, también bajo la dirección del profesor Ortega Cantero<sup>1</sup>. Los tres libros señalados comparten, en este sentido, un hilo temático conductor. Así, mientras que otros encuentros y ediciones anteriores del Seminario del Paisaje se han centrado, según los casos, en la dimensión medioambiental, en los factores históricos y en la ordenación del territorio, la trilogía de la que forma parte la obra aquí reseñada ha indagado sobre todo en la historia del paisajismo moderno, abordando, sucesivamente, tres aspectos fundamentales para su comprensión: la relación entre la dimensión naturalista y la dimensión cultural como clave definitoria de la concepción moderna del paisaje, objeto principal del primer libro de la trilogía; la inserción de dicha concepción en los procesos contemporáneos de construcción nacional, tema central del segundo; y las imágenes o representaciones vinculadas al paisajismo moderno, motivo del volumen tercero y último de la trilogía.

Las intenciones y los planteamientos generales de este libro se exponen de manera sintética en la «Nota preliminar» y, de forma más desarrollada, en la primera de las aportaciones del mismo, a cargo de Nicolás Ortega, que lleva por título «Ver, pensar, sentir el paisaje. Expresiones literarias del paisajismo moderno». La emergencia de las concepciones modernas del paisaje, iniciada en la segunda mitad del siglo XVIII y apoyada en ciertas claves novedosas (como la visión analógica del mundo, la integración de las dimensiones naturales y las culturales, la atención simultánea a las formas visibles y a los valores y significados, y la combinación de las intenciones explicativas y las comprensivas), propició la búsqueda de lenguajes con los que expresar y representar esos nuevos modos de ver, pensar y sentir el paisaje. Los estudios que forman el cuerpo principal de esta obra indagan todos ellos en tales lenguajes, atendiendo tanto a los de carácter cartográfico, gráfico y fotográfico, ampliamente utilizados en la disciplina geográfica y en las ciencias naturales,

\* ORTEGA CANTERO, Nicolás (ed.): *Imágenes del paisaje*, Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, Madrid, 2006, 332 págs.

<sup>1</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*, Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, Madrid, 2004, 221 págs.; y ORTEGA CANTERO, N. (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, Madrid, 2005, 294 págs. Una resección de la primera de estas obras puede verse en *Eria*, 66, 2005, págs. 125-129.

como a otros procedentes de la literatura, la pintura, el turismo y el excursionismo.

La contribución con que se inicia el libro aborda precisamente la estrecha relación entre los lenguajes de carácter científico y los de carácter artístico en los comienzos del paisajismo moderno. Ortega Cantero se refiere, en este sentido, a la renovación que éste implicó simultáneamente tanto en el plano léxico como, de manera más amplia, en el lingüístico y literario. Desde el punto de vista léxico, el desarrollo del paisajismo moderno aparejó la emergencia de un vocabulario novedoso tanto en el terreno estético como en el geográfico y naturalista, de que dan buen ejemplo las distinciones sobre lo bello, lo sublime o lo pintoresco, así como las nomenclaturas y formas de clasificación del relieve, la litología y la vegetación que se extienden a partir del naturalismo ilustrado. En el plano lingüístico y literario, los nuevos procedimientos descriptivos del paisaje, a caballo entre la intención explicativa y la manifestación del sentimiento, hicieron amplio uso de ciertas prácticas retóricas propias de la literatura de viajes, por su facilidad para expresar la experiencia personal del viajero ante los lugares recorridos y contemplados, así como de otras de ascendencia eminentemente pictórica, entre las cuales cabe destacar las vistas y representaciones panorámicas, capaces de conformar imágenes integradoras y de conjunto. Ortega Cantero ilustra el papel de estos procedimientos renovadores a través de dos ejemplos significativos en la configuración del paisajismo moderno: las imágenes de las *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, de Alexander von Humboldt, como uno de los referentes fundacionales, a escala internacional, de este paisajismo; y las descripciones de la generación del 98, exponente esencial en la incorporación a España de tales concepciones.

La siguiente contribución de libro («Ante la prueba del motivo artístico: algunas reflexiones sobre la observación en el arte del paisaje») corresponde a la historiadora del arte Héléne Saule-Sorbé. Saule-Sorbé, que es una de las principales especialistas en la obra del gran pirineísta francés Franz Schrader, ejemplo destacado y singular de «geógrafo-artista», sitúa su propia aportación «en el punto de unión entre las ciencias del arte y la geografía cultural»: «¿Cuál podría ser —se pregunta en tal sentido la autora— la parte artística de la geografía? ¿Puede hacerse geográfico el arte?». Saule-Sorbé examina, en primer lugar, el origen del término paisaje, estrechamente vinculado con el ámbito de las representaciones pictóricas y con otras manifestaciones estéticas

vinculadas la experiencia física y sensorial del territorio. A continuación la autora efectúa un «viaje» a través de la historia de las expresiones artísticas del paisaje desde el Renacimiento hasta la actualidad, deteniéndose en ciertos hitos representativos. En este itinerario destaca la atención dedicada al período comprendido entre los años finales de los siglos XVII y XVIII y en particular a dos figuras, los franceses Roger de Piles y Pierre-Henri de Valenciennes. Como expone Saule-Sorbé, las aportaciones teóricas de estos autores resultan fundamentales en la formulación de una «didáctica» de la pintura de paisaje que, de acuerdo con planteamientos que anticipan las concepciones modernas del género, privilegia los apuntes del natural, incita al viaje y al trabajo al aire libre como escuela pictórica esencial y se adentra en la captación del dinamismo y las variaciones diarias y estacionales del paisaje.

Desde el punto de vista de los interrogantes planteados al comienzo de este texto, son relevantes también las consideraciones efectuadas por Saule-Sorbé sobre las reflexiones que Humboldt dedicó a la pintura de paisaje en su obra *Cosmos*, así como sobre la obra pictórica del citado Schrader. Por último, la autora aborda el análisis de algunas prácticas paisajistas desarrolladas a partir del decenio de 1970, como las vinculadas al *Land Art* y la obra de ciertos fotógrafos plásticos que han trabajado en el ámbito pirenaico. Alejadas de las concepciones y necesidades figurativas de la pintura de paisaje anterior a la llegada de la fotografía (en la cual prevalectían, ya los «paisajes-compuestos» e idealizados, ya los «paisajes-réplica», de finalidad realista), estas manifestaciones recientes expresan las formas de experimentar el paisaje vinculadas a la contemporaneidad y suponen una progresiva «artistización» de la naturaleza que, por encima de la observación rigurosa o la intención naturalista, aspira a transmitir el paisaje vivido del artista, reflejar la memoria material del lugar o crear iconos al servicio de una determinada identidad territorial.

La tercera ponencia recogida en el libro, a cargo de Eduardo Martínez de Pisón y Juan Carlos Castañón Álvarez, versa sobre la «Evolución del empleo de los bloques-diagrama en la representación gráfica del relieve». Se trata de un estudio profusamente ilustrado y ampliamente documentado (la bibliografía citada comprende cerca de ciento diez referencias, la mayoría extranjeras) en el que los autores abordan la génesis y evolución de esta técnica de representación de carácter «científico-artístico», que nació con las representaciones modernas del relieve y del paisaje, desde finales del

siglo XVIII, y que, por su concepción figurativa, contribuyó decisivamente al conocimiento y la divulgación de tales realidades. Martínez de Pisón y Castañón repasan los hitos, contextos y figuras esenciales, tanto dentro como fuera de España, en la sistematización y consagración del bloque-diagrama y de otras técnicas estrechamente relacionadas con éste, como las vistas, las panorámicas y las maquetas o modelos del relieve. Así atienden, entre otras, a las aportaciones decisivas de William Morris Davis y de sus seguidores; a la importancia de la escuela geológica, geográfica y cartográfica suiza (espléndidamente ejemplificada, en el siglo pasado, por la figura de Eduard Imhof); o al papel pionero y normalizador desempeñado en España, en los decenios comprendidos entre 1920 y 1940, por determinados geólogos y geógrafos vinculados al Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, empezando por Juan Carandell Pericay y Carlos Vidal Box.

Este valioso repaso histórico del panorama internacional y español culmina con algunas consideraciones, no menos interesantes, sobre el contexto reciente y actual, fundadas en buena parte en la propia experiencia personal de los autores en el campo de la geomorfología. Entre tales consideraciones, cabe destacar, en primer lugar, la vigencia de los usos y posibilidades múltiples de la técnica del bloque-diagrama (como herramienta de campo, instrumento didáctico, expresión concentrada de relieves con intención geográfica, figuración escénica atractiva para ciertos medios de promoción e información turísticas, etc). En segundo lugar, el enorme valor geográfico inherente a dicha técnica, como modo de «representar paisajes sobre su fundamento morfológico» y «transmitir gráficamente una síntesis geográfica fácilmente descifrable». Por último, la necesidad, reivindicada por los autores, de que las enormes posibilidades técnicas que ofrecen las herramientas informáticas actuales se combinen con las destrezas tradicionales propias de la etapa «artesanal» (formación cartográfica, dibujo artístico y capacidad interpretativa), para evitar los riesgos de trivialización y banalización inherentes a los diseños automatizados y en serie.

La siguiente aportación, a cargo de Didier Mendibil, se refiere a «La iconografía geográfica de los paisajes de Francia: contextos, formatos, posiciones». El autor resume en ella los resultados de su tesis doctoral, basada en «la observación metódica de las imágenes figurativas de Francia reproducidas y publicadas por los geógrafos franceses» entre 1840 y 1990, lo que comprende «un amplio compendio de obras de todo tipo (manuales universitarios y escolares, enciclopedias, libros de lectura,

etc)». Se trata de una contribución sumamente ambiciosa y original, estructurada en dos partes principales: en primer lugar, la exposición del método propuesto por el autor para fundamentar «una iconología geográfica»; en segundo lugar, el análisis de la iconografía geográfica de Francia, a lo largo del período antes señalado, a través de diferentes aspectos y momentos históricos.

Por lo que toca a la primera cuestión, Mendibil sustenta su modelo iconológico en el análisis de tres aspectos principales: el formato (o efecto del encuadre de la figura), el contexto (que se refiere, sustancialmente, a qué lugares se representan y en qué medida las imágenes de éstos se exponen de forma aislada o acompañadas de otras imágenes) y la posición (o manera de precisar mediante un texto el significado que se desea dar a una imagen paisajística). Estos ejes de atención orientan el estudio de las imágenes geográficas de la Francia contemporánea desarrollado en la segunda parte de la contribución, que incluye la consideración de las principales obras geográficas sobre el país (con especial atención a las aportaciones de Élisée Reclus y, posteriormente, a las de Paul Vidal de la Blache y su escuela) y en la cual el autor distingue tres grandes etapas.

La primera de ellas, de 1840 a 1890, se caracterizaría por la dependencia de los geógrafos respecto de las imágenes proporcionadas por los pintores y grabadores de paisajes, acompañadas, a lo largo del XIX, de una fuerte carga historicista, regionalista y nacionalista. La segunda etapa, de 1890 a 1950, coincidiría con el apogeo de la escuela vidaliana y sus prolongaciones, período en que la geografía adquiere, según el autor, una «autonomía iconográfica» sustentada en la importancia concedida a los paisajes y en la conjunción entre los textos y las imágenes referidas a aquéllos (que, a partir de esta época, pasan a ser principalmente fotográficas). Según Mendibil, Vidal de la Blache, a través, sobre todo, de su *Tableau de la géographie de la France* (o, más concretamente, de la segunda edición de esta obra, publicada en 1908 e ilustrada por 250 fotografías comentadas por el propio Vidal), habría elaborado una verdadera «cinemática del paisaje», donde los textos dotan de dinamismo a las imágenes introduciendo el tiempo y el movimiento. La tercera y última etapa identificada por Mendibil vendría marcada por la disociación, prolongada hasta la década de 1980, de las miradas universitaria y escolar sobre los paisajes. En opinión del autor, esta disociación respondería a que la geografía universitaria desterró progresivamente los paisajes de sus publicaciones en favor de las estadísticas, los mapas temáticos o, en fases más recientes, los modelos gráficos, en conso-

nancia con la crisis de los enfoques corológicos y con la importancia creciente de los planteamientos de corte estructuralista y economicista dentro de la disciplina.

El análisis de las representaciones paisajísticas centra también el estudio de Dolores Brandis e Isabel del Río, referido a «La imagen de la ciudad histórica y el turismo», aunque, a diferencia del trabajo anterior, en éste las fuentes manejadas no son las obras de la geografía académica, sino otros géneros más o menos relacionados con la tradición viajera, desde el Renacimiento hasta la actualidad, tales como las vistas de ciudades (comenzando por el *Civitates Orbis Terrarum*), las ilustraciones de los libros de viajes (las autoras se detienen, particularmente, en los de los siglos XVIII y XIX) y, ya en el siglo pasado, las fotografías de las guías turísticas y las imágenes del cartelismo ligado a la propaganda turística. El objetivo principal de las autoras es «dilucidar cómo se han ido construyendo las imágenes más reconocidas (...) y, en consecuencia, las más difundidas» de algunas de las ciudades históricas españolas de mayor afluencia turística, a saber, Toledo, Granada, Segovia, Aranjuez y San Lorenzo de El Escorial.

Las autoras subrayan la importancia de las vistas urbanas del Renacimiento como referentes esenciales en la creación de los cánones iconográficos de la ciudad histórica. La continuidad de tales imágenes es evidente no sólo dentro del propio género de las vistas de ciudades, que se prolonga hasta la era contemporánea, sino también en los grabados y dibujos de los libros de viaje ilustrados y románticos, fundamentales, a su vez, en la construcción de la imagen turística internacional del país. Los libros románticos, en particular, consolidan y difunden preferentemente la imagen de la ciudad histórica reafirmando en las vistas anteriores más conocidas, aunque también la enriquecen con nuevas perspectivas y detalles. Y esas mismas vistas generales de raíz renacentista permanecerán entre las fotografías de las guías turísticas del siglo XX, sobre todo cuando no se vean «contaminadas» por crecimientos modernos que alteren la singularidad y el atractivo estético de la ciudad histórica. En idéntico sentido, concluyen Brandis y del Río, la iconografía de las propias guías (donde dominan las fotos de detalle) y los carteles de promoción turística (que optan por la representación de fragmentos selectivos o por perspectivas verticales idealizadas) ha tendido a fabricar una visión congelada o museística de la ciudad que oculta los elementos más modernos, cotidianos y vivos y privilegia los más monumentales, tradicionales e intemporales, para atraer a los turistas con intereses culturales.

La sexta y última contribución procedente de las ponencias del Seminario que dio origen a este libro trata de la relación entre «Excursionismo y visión del paisaje». Su autor, Manuel Mollá Ruiz-Gómez, se propone analizar «el papel que en distintos momentos y lugares ha tenido el excursionismo como actividad creadora y divulgadora de paisajes» y se centra, para ello, en el caso de la Sierra de Guadarrama, que conoce en profundidad como excursionista y como investigador, pues fue el objeto de su tesis doctoral. Sin obviar la importancia de la vertiente pedagógica y educativa del excursionismo guadarramista, representada ejemplarmente por los impulsores de la Institución Libre de Enseñanza e investigada ampliamente, entre otros estudiosos, por Nicolás Ortega Cantero y Eduardo Martínez de Pisón, Mollá fija su atención en otras dos facetas de aquél, en todo caso relacionadas estrechamente con la primera: la vertiente científica, que representan, en la fase pionera del guadarramismo, instituciones tales como la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, la Sociedad Española de Historia Natural y el Museo Nacional de Ciencias Naturales; y la vertiente más lúdica y deportiva (aunque no por ello exenta de intensos ingredientes científicos y educativos), simbolizada por las primeras sociedades y clubes alpinos presentes en la Sierra, como la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara. A través de diversos textos excursionistas, el autor examina las descripciones paisajísticas de algunas de las figuras centrales en el desarrollo de las dos vertientes del guadarramismo antes indicadas, como Francisco Quiroga, Lucas Fernández Navarro y Constancio Bernaldo de Quirós. El estudio de Mollá subraya y pone de manifiesto la sensibilidad y la habilidad de tales figuras para describir los paisajes serranos desde un punto de vista moderno e integrador, capaz de combinar la explicación y la comprensión, las facultades científicas y las artísticas, o la atención a las dimensiones visibles y a las valorativas.

La parte final del libro recoge las contribuciones de otros cuatro profesores que asistieron al Seminario origen del mismo. La primera de estas contribuciones, a cargo de Julio Muñoz Jiménez, consiste en la explicación de la excursión celebrada, siguiendo la costumbre de las ediciones anteriores, en el curso de dicho Seminario, dedicada, en este caso, a «Las formas tabulares en la imagen del paisaje soriano: sierras llanas, altos y parameras». Las tres restantes corresponden a textos presentados originalmente como comunicaciones. En ellas, José Naranjo Ramírez y Antonio López Ontiveros dan cuenta de la obra gráfica de Juan Carandell Pericay relativa al relieve de Andalucía, extraordinariamente rica,

variada e influyente (bloques-diagrama, *tours d'horizon* y panoramas, fotografías, mapas, perfiles y cortes topográficos, diagramas, dibujos...); mientras que Joan Tort aborda los aspectos paisajísticos de la obra urbanística de Ildefonso Cerdà y Francisco Alonso Otero comenta su experiencia como autor de *El gran libro de la Comunidad de Madrid* (2000), una «guía geográfica» del paisaje madrileño basada en una amplia colección de fotografías aéreas realizadas y comentadas *ex profeso*.

En conclusión, *Imágenes del paisaje* supone una aportación muy valiosa al conocimiento de la iconografía paisajística moderna, tanto desde el punto de vista de la geografía (foco de atención principal del Seminario) como desde el de otros saberes y prácticas. Es cierto que se echan en falta algunos temas claves en el horizonte iconográfico del paisajismo geográfico, como, en especial, las representaciones cartográficas del paisaje, que tienen una tradición larga en la disciplina y que la proliferación reciente de catálogos y de atlas paisajísticos en España y en otros países de Europa ha vuelto a poner de actualidad. Pero también lo es que la diversidad de aspectos abarcados resulta suficientemente amplia y representativa y que el propio formato de trabajo adoptado (en mi opinión con acierto) en los últimos Seminarios del Paisaje (primando la selección sobre la multiplicación de ponencias y concediendo tiempos generosos para la exposición y el debate posterior de las mismas, animado por un grupo de comentaristas encargados *ex profeso*) impone limitaciones en este sentido.

En un panorama como el español, escaso en estudios que reflexionen expresamente sobre las claves del lenguaje y el imaginario geográficos, el libro posee una indudable originalidad; contribuye a llenar vacíos llamativos en el conocimiento de las retóricas de la disciplina; y contiene también reflexiones de carácter conceptual y metodológico (como, en especial, las expuestas en las contribuciones de Mendibil y Ortega Cantero) que están inspirando y pueden inspirar en el futuro estudios similares sobre la imagen geográfica de nuestro país. Además, la calidad general de los textos y el horizonte internacional de las referencias manejadas por sus autores permiten situar al libro al nivel de otras investigaciones relativas a la iconografía del paisaje que han sido referencia obligada en otros contextos nacionales (como las aportaciones pioneras, aparecidas en el decenio de 1980, de Denis Cosgrove en el ámbito anglosajón, o de Vincent Berdoulay, en el francés). A lo que cabe añadir la profusión de figuras e ilustraciones incluidas en el libro (cuyo número total se aproxima a 150), muy superior a las de las publicaciones anteriores

de los Seminarios del Paisaje, aunque coherente e imprescindible en una obra centrada prioritariamente en el análisis de las imágenes.

Dilucidando las claves iconográficas de la geografía y el paisajismo modernos, indagando en los procedimientos descriptivos de algunas de sus figuras fundacionales, reconstruyendo un tiempo en que las distinciones entre la ciencia y el arte eran tenues o secundarias, revisitando la obra de artistas que tenían mucho de geógrafos y de geógrafos que bien podían ser artistas, este libro nos ofrece, en fin, un repertorio de buenas prácticas para la representación del paisaje y una nueva y estimable reivindicación de los valores culturales definitivos de la tradición geográfica moderna.— JACOBO GARCÍA ÁLVAREZ

### *Caminos de comprensión y conocimiento del paisaje\**

El libro aquí reseñado inaugura una serie de cinco entregas que, reunidas bajo el título general de «Pensar el paisaje», están dedicadas a la reflexión sobre dicho concepto y a su relación, sucesivamente, con el pensamiento, el arte, el territorio, el patrimonio y la historia. En este primer caso que nos ocupa, el libro recoge las ponencias presentadas en el curso que, con ese mismo título, tuvo lugar en junio de 2006 en el Centro de Arte y Naturaleza (CDAN - Fundación Beulas), en Huesca, dirigido por Javier Maderuelo, y que reunió a algunos de los más prestigiosos especialistas europeos en la materia. Así, historiadores del arte (Simón Marchán Fiz), geógrafos (Nicolás Ortega Cantero, Eduardo Martínez de Pisón o Augustin Berque), filósofos (Jean-Marc Besse, Anne Cauquelin), teóricos de la Estética (Raffaele Milani) o de la Arquitectura (Javier Maderuelo), ingenieros (Miguel Aguiló) o ecólogos (Antonio Gómez Sal) han alzado juntos un armazón teórico que muestra el gran potencial pluridisciplinar del concepto de paisaje. En este sentido, la obra se constituye como un esfuerzo de profundización y sistematización respecto al paisaje, entendido, sobre todo, como un «problema de conocimiento», pues como el propio Maderuelo advierte al principio, contra la «cortina de banalidad» que se está tendiendo en determinados ámbitos (publicidad, tu-

\* MADERUELO, Javier (dir.): *Paisaje y pensamiento*. Abada Editores / Fundación Beulas: CDAN, Madrid, 2006, 262 págs.

rismo, etc) sobre el paisaje, es necesario responder con estudio, reflexión e investigación. Éste es, pues, el principal impulso que origina el proyecto.

Los ensayos de la obra pueden agruparse en cuatro bloques según los enfoques comunes a los autores (estético-artístico, ecológico, geográfico y filosófico) y en relación con el núcleo de elementos en torno a los cuales estos articulan su noción de paisaje. Así, las dos primeras intervenciones, a cargo, respectivamente, de Simón Marchán Fiz y Raffaele Milani, se centran en problemas específicamente estéticos de las relaciones entre naturaleza y cultura, y de la formación de las imágenes paisajísticas. En el primer caso, el texto de Marchán Fiz («La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje») traza el recorrido histórico de los diversos momentos de la relación entre lo artístico y lo natural para interpretar la coyuntura actual de revalorización estética de lo natural. De esta manera, el autor empieza glosando las causas del escoramiento moderno hacia la «estética del artificio», y de la formación del concepto moderno de arte como «anti-naturaleza», para después perfilar el movimiento contemporáneo de vuelta a la naturaleza, y los distintos escenarios de causas y sensibilidades que conforman la trabazón de la «actualidad de la estética de la naturaleza».

La manera en que el autor despliega su análisis de la noción de paisaje es, precisamente, mediante esos componentes de la experiencia estética que permiten una gradación en nuestras formas de acercamiento y construcción del paisaje. Por ello, distingue entre la representación interna mental, la representación artística y la intervención, que dan lugar, respectivamente, a los «paisajes de contemplación», los «paisajes de la representación artística» y los «paisajes de acción».

Por su parte, la ponencia de Milani («Estética del paisaje: formas, cánones, intencionalidad») presenta una aproximación marcadamente fenomenológica al tema del paisaje, pues para el autor éste es ante todo una «gran experiencia de la emoción, de la visión y de la contemplación», y, por ello, es un hecho cultural que materializa (creando una «memoria afectiva») las formas en que al ser humano se le «revela» la naturaleza (es decir, le es dado interpretarla). En este sentido, la tesis de fondo es que el paisaje es la forma que nuestra cultura se ha dado para expresar la relación entre «el sujeto y el objeto natural», y de superar, por tanto, la inherente tensión de su división. Milani desarrolla su análisis a través de la articulación de las distintas dimensiones del paisaje, esto es, en tanto que «categoría

mental», «categoría cultural» y «categoría estética». En el primer caso (el decisivo en su teoría), el carácter dinámico del proceso perceptivo es tal que éste es el principio organizador del paisaje. Por supuesto, las formas culturales median dicho proceso, y hay todo un espacio intermedio, entre la impresión del observador y la representación artística, en que la influencia de lo cultural es definitiva. Además, también los juicios y las valoraciones estéticas sobre el paisaje actúan sobre las emociones y percepciones del sujeto. No obstante, son los dos primeros movimientos (el de lo mental-sensible y lo histórico-cultural), los que para Milani deberían constituir el punto de partida de una «auténtica estética del paisaje», que trate de devolver la espontaneidad y el dinamismo a las formas paisajísticas: para Milani, pues, no existen los «cánones» de paisaje sino una sucesión de formas distintas («una trama de aspectos») que se revelan en la actividad del espíritu humano. La estética del paisaje, pues, ha de encargarse de esta particular morfología, ya que la de los paisajes es una «fisonomía espiritual» en que se expresa el sentir más íntimo de los seres humanos.

Estas primeras reflexiones estéticas encuentran continuidad en la ponencia siguiente, más breve y técnica, de Antonio Gómez Sal («La naturaleza en el paisaje»), que al abordar las particularidades y la especificidad de la aproximación ecológica, permite al libro continuar su marcha al mostrar una nueva «cara» del paisaje.

Siendo la Ecología una ciencia natural que incorpora un enfoque sistémico (por su manera dinámica y orgánica de entender la estructura y función del mundo natural), pero que incluye también la presencia humana y sus mundos de acción y significados, ésta permite ciertas ventajas a la hora de estudiar el paisaje: adoptar un punto de vista integrador, utilizar la escala humana como elemento definidor del paisaje, o la propia inclusión de la perspectiva de las Ciencias Naturales.

Las dos principales líneas de trabajo de esta perspectiva son, tal como las presenta el autor, aquella que aborda la estructura del paisaje y los significados de sus patrones organizativos (subyacentes) en una escala no detallada; y aquella otra que pone especial énfasis en los aspectos funcionales, y es aplicada a paisajes que muestran una gran complejidad en una escala más detallada, debido tanto a su estructura geofísica intrínseca, como a la intensidad de la acción modeladora de la actividad humana.

La intervención de Gómez Sal ha permitido centrar el análisis del paisaje en sus elementos naturales, e in-

troducir los siguientes ensayos, a cargo de Nicolás Ortega Cantero y Eduardo Martínez de Pisón, que abordan facetas distintas, aunque complementarias, de la aproximación geográfica al paisaje.

El texto de Ortega Cantero («Entre la explicación y la comprensión: el concepto de paisaje en la Geografía moderna») da cuenta, con maestría, de la centralidad del paisaje en la tradición geográfica moderna, nacida de esa otra centralidad que la época romántica otorgaba a lo natural y sus manifestaciones. Por ello, explicar el paisaje era explicar el «orden natural subyacente» del mundo. Ahora bien, este acercamiento al paisaje *qua* naturaleza, suponía no sólo atender a su realidad material y formal, sino también a la representativa y simbólica, a su imagen. Esto implicaba una comprensión, al mismo tiempo, de lo natural y lo cultural, y un acercamiento, por tanto, complejo y múltiple que aunase los métodos de explicación científica y los de la comprensión cultural. Ese doble impulso fue uno de los ejes de la actitud epistémica con que nació la Geografía moderna.

Ésta es, en líneas generales, la tesis principal que el autor va desgranando en sus distintos componentes y causas a través de la reconstrucción del surgimiento del paisaje moderno en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, y sus relaciones con la Geografía. Es ésta también la historia del nacimiento de la mentalidad y sensibilidad románticas y del conjunto de actitudes cognitivas, científicas y afectivas conexas: la visión organicista del mundo, la comprensión de la naturaleza como «totalidad ordenada», la exaltación de la emoción y la actitud naturalista, que no sólo se extienden al mundo de la creación artística, sino también al de la ciencia.

Sería, por tanto, este ámbito de preocupaciones, el que, aplicado al campo de investigación sobre lo natural, llevaría a una búsqueda verdadera de la «comprensión» del orden de las cosas, más allá de su mera descripción o sistematización. Para el autor, ésta es la clave del modo moderno de ver del paisaje: un camino de razón y sentimiento, de forma y significado, siendo la combinación de cada uno de esos dos elementos, aunque distinta en proporción y sentido, la línea de fuerza que atraviesa la tradición geográfica moderna, y que hace de ella, una forma de acercamiento al paisaje «integradora, no separativa».

La ponencia de Martínez de Pisón («Los componentes geográficos del paisaje») presenta el paisaje como algo indisociable de lo humano, ya que se trata de la interpretación cultural de un territorio, y como tal, una lenta y laboriosa «conquista de la civilización». Es ade-

más (dado el proceso de retroacción que se establece entre la mirada y el territorio), un elemento con «capacidad civilizadora de retorno», ya que los paisajes no tienen sólo una expresión geofísica, sino todo un cuerpo de significados y valores que hace de ellos una «entidad completa».

Dada esta nueva concepción geográfica del paisaje, Martínez de Pisón glosa las aportaciones de las diferentes escuelas (la alemana, la francesa, la rusa, la anglosajona y la española) de lo que tradicionalmente se ha llamado «geografía del paisaje», que quedan bien sustentadas, permitiendo ver qué posición ocupa, respecto de ellas, esta nueva idea.

Así, lo que da unidad (e identidad geográfica) a esas distintas aportaciones es una noción integradora de paisaje, conformada por una pluralidad de constituyentes que exige que esta realidad sea estudiada no sólo en su exterioridad visual, sino también en su estructura, unidades, dinámicas, contenidos y funciones. De este modo, el paisaje aparece como una «configuración» del espacio geográfico terrestre: algo que va más allá de la simple apariencia, y que, por tanto, exige ser analizado como un morfología. No obstante, si bien esta primera formulación geográfica del paisaje ancla el concepto en la «objetividad territorial», no hay que olvidar que también la geografía clásica «acuñó el primer concepto intelectual de paisaje», que aun manejando sus dos dimensiones, espiritual y material, añadió de manera decisiva un componente cualitativo imprescindible en su comprensión. Es conforme a estos tres vértices (la «forma-faz», la «estructura» y los «significados») como Martínez de Pisón desarrolla un análisis más detallado de los componentes geográficos del paisaje, lo cual le lleva, finalmente, a concluir una «concepción cultural y moral» indisociable de la propia noción de paisaje, pues sus significados y valores son verdaderos «contenidos» del paisaje. El autor retorna así a la idea del principio del paisaje como un «agente moral» que reclama una adecuada «política del paisaje» para su gestión.

Las tres aportaciones siguientes del libro, obra de Jean-Marc Besse, Anne Cauquelin y Augustin Berque, abordan el paisaje desde perspectivas eminentemente filosóficas. De alguna manera, el texto de Besse («Las cinco puertas del paisaje») sirve como bisagra del libro, pues funciona como articulador de las demás exploraciones, precisamente por ser una cartografía de todas ellas. Besse plantea, ordena y despliega (en un encomiable esfuerzo sistematizador), las «cinco problemáticas paisajísticas» que se dan en el pensamiento contemporá-

neo, siendo cada una de ellas el núcleo de las definiciones de paisaje que aglutinan en torno a sí a los miembros de distintas disciplinas. Esto pone de relieve que, en el fondo, se trata de una cuestión de la naturaleza ontológica que cada una de ellas atribuye al paisaje: y así tenemos el paisaje definido como representación cultural; el paisaje como territorio producido socialmente; el paisaje como sistema de elementos naturales y culturales articulados en una totalidad; el paisaje como espacio de experiencias; o el paisaje como contexto de proyecto.

La siguiente intervención, «Paisaje y ciberespacio: una visión perspectiva», a cargo de Cauquelin, es una reflexión sobre las propiedades ontológicas del paisaje, pensadas contra el telón de fondo del ciberespacio: éste sirve aquí para poner al descubierto, al «informar sobre sus características por reciprocidad», los mecanismos ocultos del paisaje y del invento técnico que lo soporta: la perspectiva.

El nexo que une paisaje y ciberespacio es el de ser dos «inversiones de los tiempos modernos», y poderosos mecanismos de regulación de las percepciones, que dan forma al entorno cotidiano enmarcándolo, mediante la codificación de nuestras actividades cognitivas, afectivas, etc. Y ello porque estos dos espacios son «avatares de la extensión», esto es, formas propiamente occidentales de la expresión sensible del espacio abstracto; y porque además la perspectiva provoca un cambio de estatus en el paisaje, que hace que ya no sea un simple objeto de contemplación, sino que se convierta en «forma *a priori* de nuestras percepciones». La diferencia entre ambos inventos es que la perspectiva es una «invención acabada», porque realiza todas sus potencialidades y objetivos y porque es insuperable (en tanto que se ha naturalizado), mientras que el ciberespacio todavía no.

La ponencia de Berque («Cosmofanía y paisaje moderno») plantea el problema de la relación entre el surgimiento de la idea de paisaje y la moderna imagen del mundo. El núcleo de la noción de paisaje de Berque es que éste, además de algo histórico, contingente y concreto, es sobre todo «ecumenal»: expresa y establece una determinada forma de relacionarse con la Tierra, de convertirla en un «medio existencial». A partir de este criterio, sienta las bases de su teoría de la «cosmofanía», por la cual nuestra realidad sería aquello que se «predica» del entorno en términos de las categorías o conceptos con que lo vemos (mundo, paisaje, cosmos). Aunque el hecho de establecer «cosmofanías» es algo necesario y universal (es un gesto ontológico), el contenido y la forma de darse de las mismas son contingen-

tes y singulares. En este sentido, el paisaje sería una determinada «cosmofanía», en tanto que manera de relacionarse con la realidad, al convertirla en paisaje, y constituir, por tanto, un «medio de cosmización». A partir de ahí, Berque aplica su teoría al análisis del paisaje en la cultura moderna, pues si bien su origen ligeramente premoderno instauró una «cosmofanía» anterior a la copernicana, la modernidad la deshará precisamente con su descosmización del mundo (y de la separación Mundo-Universo).

Las dos intervenciones finales, de Miguel Aguiló («El paisaje de la acción») y Javier Maderuelo («La actualidad el paisaje»), sirven, en cierta medida, de excelente contrapunto a ese tono general del libro de una cierta intelectualización del problema, pues, al centrarse en la idea de las modalidades de acción sobre el paisaje (Aguiló) y las intervenciones que lo construyen y modifican (Maderuelo), inscriben finalmente el sentido del proyecto en una fructífera dialéctica entre reflexión y acción sobre del paisaje.

Lo sugerente de la propuesta de Aguiló es justamente la manera en que éste señala la necesidad de pensar el paisaje en el quicio de la relación pensamiento-acción: o mejor dicho, que no hay forma de pensar, comprender y conocer el paisaje (recordemos que éste era el impulso original de la obra que nos ocupa) si no es en su misma acción, despliegue y transformación. El texto se presenta, pues, como un estudio de las simetrías y asimetrías de esa relación entre el pensamiento y la acción (intervención / conservación) del paisaje, y de las razones para ello. Asimismo, el autor examina algunas de las modalidades de acción sobre el paisaje y en especial las relacionadas con el construir (la ingeniería civil, en concreto).

Finalmente, el libro se cierra con la ponencia de Maderuelo, que se va mostrando en su desarrollo como una armoniosa continuación de las anteriores reflexiones, de modo que consigue mantener el debate y la tensión intelectual que las intervenciones acumulan, en un *crecendo* que se resuelve aquí en una bella exposición de la historia del «campo» europeo: ésta ejemplifica los dos sentidos de la idea de Maderuelo del paisaje como «construcción humana» (construcción en tanto que interpretación inmaterial, perceptiva de los seres humanos de un territorio; y construcción en tanto que sucesiva transformación de ese territorio debido a las intervenciones del ser humano).

¿Y qué es precisamente (se pregunta con gran acierto el autor) lo que nos atrae de estos paisajes? Su tesis

es que lo que admiramos en ellos no son las supuestas «cualidades naturales» que les atribuimos, sino sus «cualidades culturales», el hecho de que son resultado de la idealización de una mirada y de la intervención del hombre. La realidad de estas afirmaciones nos lleva a un presente en que la *continuidad* de esas transformaciones sobre el entorno (el laborioso trabajo de las huellas del habitar) está desapareciendo: se aceleran los ritmos de transformación; aumentan las incongruencias entre el medio y el tipo de intervención sobre éste; y el cambio de manos de la propiedad acelera la desarticulación entre los ritmos de transformación del territorio y sus procesos internos naturales, geológicos, sociales y culturales.

El texto y el libro se cierran, así, con una pregunta acerca del rumbo de la gestión y transformación de los territorios contemporáneos y con la exhortación al deber de pensar sobre cómo queremos que sean nuestros paisajes. Exhortación que más que cerrar la obra, la prolonga y la deja abierta, como puntos suspensivos de una reflexión que habrá de seguir por nuevos caminos. De momento, el lector mira atrás y descubre ya las huellas que su lectura ha trazado sobre los diversos caminos de acercamiento al paisaje que el libro propone: sugerentes y atractivas sendas de comprensión que marcan modos de conocimiento de las distintas dimensiones de esa compleja y valiosa entidad que es el paisaje.— PALOMA PUENTE LOZANO